

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la Biblioteca Popular y Museo de las Familias, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

# LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 40 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la Biblioteca Popular y Museo.—Se publica todos los domingos del año.

## SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

### LA MARQUESA DE BRINVILLIERS.

(Novela histórica.)

Me sucedió en el año de 1844 en la Normandía, una aventura singular. Hallábame en Rouen, y deseando visitar las ruinas de la antigua abadía de Jumièges, quise tomar el carruaje que desde el muelle del Habre parte al pueblecito Yainville distante una legua de Duclair. Disponíase ya los pasajeros á subir al coche, cuando yo me daba prisa á recoger mi billete; y cual no hubo sido mi sorpresa oyendo nombrar por la lista al caballero de Brinvilliers! Volviendo la cabeza repentinamente, descubí un hombre todo vestido de negro que entraba con dificultad por la puertecilla, y ocupando luego el asiento número 1, contestaba al administrador con el presente, que es de costumbre para la debida formalidad; procuré apoderarme de mi número 2 y emprendimos la marcha.

El nombre de Brinvilliers, tan desgraciadamente célebre desde el siglo XVII, no podía desecharlo de mi imaginación. A las pocas horas de viaje llegamos á Yainville y M. de Brinvilliers y yo abandonamos el coche para dirigirnos por nuestra izquierda á un estrecho camino sembrado de arbustos y que conduce directamente á Jumièges. Una antigua iglesia romana destruida por la injuria de los tiempos se ofrecía á nuestra vista; y por un instinto tan natural en semejantes casos, nos separamos del camino para contemplar de cerca las ruinas de aquel vasto templo. Con efecto, después de haber traspasado un sahervil porton de madera primorosamente embutida, nos encontramos en un lugar oscuro, miserable, y desierto, que indicaba haber servido como de almacén ó cuadra. Lanzando entonces un suspiro mi compañero de viaje, exclamó: he aquí, querido amigo, el término de todas las obras mundanas!

Y cuando me preparaba á responder á su exclamación, prosiguió con un acento melancólico.

—Hace poco mas de medio siglo que el pueblo entero de Yainville se reuna en esta iglesia. Sus espesos muros, sus columnas de alabastro, sus estatuas, sus preciosos altares ora profanados y deruidos por la mano impia de los hombres, todo, todo causaba admiración en este templo. ¿Qué nos resta hoy de toda su preponderancia! Los Brinvilliers, sus patronos han muerto: la fervorosa

con que acudían aquellos habitantes ha desaparecido: el mismo templo no existe, y la población es un desierto! Y repitió nuevamente por bajo: he aquí, amigo mío, el término de todas las cosas terrenales!

Semejante lenguaje en boca del hombre cuyo título no me había determinado á pronunciar en el camino, me sorprendía claramente. Ignoro todavía si comprendió el efecto que produjeran en mi sus palabras, pero ello es verdad que exclamé después tendiendo su vista hácia mi demudado semblante.—¿Y! os sorprendería demasiado si yo os refiriese que la marquesa de Brinvilliers....

—¿Esa infame envenenadora! le interrumpí oportunamente.

Mi abuelo Ciceron se mordió los labios al escuchar estas palabras, y yo entonces añadí algunas otras con que justificarme; mi amigo sin pretender escucharlas, continuó en el mismo tono.

—Si os refiriese que la marquesa de Brinvilliers nació en este pueblo, y fué bautizada en esta misma iglesia.....

—En esta iglesia! ¿Pues cómo se comprende el que ninguna historia haya consignado lo que decís ahora?

—Porque la mayor parte de las historias escritas, son falsas, incompletas, y plagadas de errores. Hace ya mucho tiempo que Voltaire dijo refiriéndose á los historiógrafos sus predecesores y contemporáneos. «Mirad cómo se ha escrito la historia» y comienzo á persuadirme de que aplicando á las que hoy se escriben este principio, Voltaire hubiera tenido mayor fundamento para criticarlas.

—Sin embargo, le repuse, la de esa célebre marquesa está escrita con arreglo á un proceso....

—No; el original de biógrafos, historiadores, y dramaturgos de nuestra época, es una maldita obra que lleva por título «Las causas célebres» por el abogado Richer. Yo publicaré la vida de la marquesa de Brinvilliers, no para resucitar la simple memoria de un paciente sino para ofrecerla á los ojos del pueblo, tal cual ha sido desde su nacimiento hasta su muerte. Para emprender este largo y penosísimo trabajo, me serví de todas las cartas y documentos de mi familia, después de haber consultado las actas del Parlamento, los archivos de Palacio, los extractos de su célebre proceso, y sus alegatos publicados en 1676 en favor y contra su persona. Y desdoblado la cartera que sacó de un

bolsillo de su chaqueton parduzco, me presentó muchos rollos de papel escrito. Si el día me lo permitiese, exclamó haciéndome los examinar hoja por hoja, yo os ofrecería el análisis de una historia tan curiosa como desconocida.

Gozoso por semejante proposición, me atreví á aplicarle su lectura. Jueves, le decía, dista de nosotros una legua corta, tenemos una hora de tarde, el sol nos convida tambien iluminando estos campos, así pues, amigo mío....

Mi compañero consultó su reloj, reflexionó algunos momentos, y satisfecho por mi deseo; acepto vuestra atención, me dijo; acorramos nuestros pasos, y comenzó en estos términos.

## I.

En 1668 existía en Paris cierto buquete que casi contaba un siglo, dando vista á la morada del abad de Saint-Maur-les-Fossés.

Era la calle Nueva de San Pablo, entonces mas silenciosa y desierta que en nuestros dias, hallábase formada de edificios magníficos construidos en tiempo de Luis XIII, y habitados por la nobleza, magistrados y provisionistas del ejército. Esta calle tenia la ventaja de hallarse situada entre el Arsenal, la Bastilla, y la Calle Real, es decir en el centro de las reuniones, de los paseos y teatros. Entrando por la de San Pablo sobresalía á la derecha un palacio inmenso, de mas mérito que los demas, dirigido recientemente por el celebre Lemercier, obra de complicado gusto y fabricado de piedra con adorno de bellas estatuas; era el palacio de M. d' Aubray lugarteniente de la capital. Penetrábase en él por una puerta cuadrada con los tableros bordados de preciosas rinceas, y se pasaba por una magnífica escalera de alabastro á las habitaciones del primer piso. Desde estas habitaciones, ó mejor dicho, entre tan magníficos salones, se hallaba uno muy pequeño y perfumado en donde con simetria sorprendente se veían espejos de colossal magnitud, estatuas de buen gusto, retratos á la aguada, tapicerías de todas clases de labores de aguja, y cuadros de mucho valor.—Cualquiera que entrase allí de repente, quedaria sorprendido con la actitud estraña de dos mugeres jóvenes sentadas delante de una chimenea; la una enfrente de la puerta, podria contar 25 años; era pequeñita, delgada y pálida; hallábase recostada en su cómoda butaca con furo color de oro, y apoyaba la cabeza sobre una mano de extraordinaria blancura; largos cabellos de ébano se deslizaban en bucles sobre sus espaldas y pecho, que velaba un gracioso cuello de encages unido al traje de raso blanco. Este traje abierto por delante, se hallaba guardado con lizas blancas y color de rosa colocados de trecho en trecho formando pabellon, y relucia sobre aquellas una preciosa saboneta y un grueso medallon, pendientes del cuello por una cadena formada con estabones de oro. El rostro de aquella jóven á medio cubrir, indicaba algun sen-

timiento extraordinario, y de sus lividas pupilas fijas de continuo en la tierra, brotaban un manantial de lágrimas. La compañera que le escedia sin duda en edad cuatro ó cinco años, era de estatura mas alta y vestía el hábito negro y miserable de las beatas del Hospital. Su fisonomia aunque Dena da dulzura; de tranquilidad aparente y de noción divina, indicaba tambien largos padecimientos y trabajada serie de pesares. Sentada en uno de esos cómodos sillones de muelle que han tomado despues el nombre de á lo Voltaire, observaba con atención á la que tenia de frente, como leyendo en su pensamiento é interpretando sus mas insignificantes acciones. Un silencio profundo reinaba sin embargo en aquel delicioso gabinete; y únicamente se escuchaba el chisporroteo de la vecina chimenea y los acompasados golpes de un magnífico reloj incrustado en la pared entre una *Madalena convertida* de Lebrun, y una *Sacra-familia* de Lesueur. Hacia muchos minutos que duraba aquella tranquilidad, cuando la religiosa tomando la palabra esclamó con una modestia angelical:

—Margarita cuál es ese secreto? Pudieras olvidar que he sido en todos tiempos tu mejor compañera, tu amiga mas fiel, y la mas obsequiosa?

—Nunca, hermana, nunca; pero ignoro me fueses ahora tan indulgente como en otras ocasiones, si tus consejos purificarán mi alma, si tu perdón me restituyera el reposo y mi felicidad hace tanto perdida. Pero su voz iba desmayando gradualmente cual la del moribundo que pierde poco á poco su vitalidad.

—Oh! querida Margarita! Dios es todopoderoso, y mucho podemos esperar de su indulgencia.

Estas últimas palabras espresadas con un tono fervoroso, produjeron en su compañera un efecto mágico; así es que bastante conmovida se espresó en estos términos.

—Ahora siete años, bien debes acordarte, contaba yo diez y seis de edad. Nuestro buen padre M. Breux d' Aubray, en uno de los dias que vino á buscarme al monasterio, me anunció con mas ternura que de ordinario mi próximo enlace con M. de Brinvilliers, maestro de campo (1) del regimiento de Normandia.

—Todo esto lo sé, le interrumpió la hermana, y tambien que algunos dias despues de esa entrevista, ya te llamaban la elegante jóven marquesa de Brinvilliers; á la manera que te llaman ahora Margarita de Mazarin.

—Ah! ¡pluguiera al cielo que jamás lo hubiese sido realmente, esclamaba Margarita; y aproximandose á su hermana, continuó.—A los diez y seis años, yo ignoraba que existiese bajo el cielo algun otro sentimiento mas puro que el de la amistad; si amando á mis compañeras con el afecto de hermanas, compartía con ellas los unicos momentos que me dejaba vacantes el estudio, me contem-

(1) Equivalia en Francia por entonces al moderno título de coronel.

plaba sobradamente feliz. ¡Cuán presto perdí para siempre aquella vida de tranquilidad y de ventura! Salí del convento, para ser por obediencia y no por amor la esposa de Brinvilliers, y lo que es mas terrible todavía, que mi marido tampoco me amase, por que se había casado con la sola esperanza de poseer las doscientas mil libras de mi dote. Ahora bien, querida hermana; cuanto no sufrí esta pobre muger en cuatro largos años de indiferencia, por que así como yo no le amaba, él me correspondía en iguales términos!

Y se detuvo algunos instantes para el desahogo de su emoción. —A los cinco años de nuestro enlace, es decir, en 1656, los desórdenes entre pagos y lacayos se sucedían escandalosamente en París; aquellos servidores no contentos con batirse en medio de las calles, robaban á los mercaderes, insultaban á las mugeres, rompían los cristales, encarcelaban á los mayores delincuentes, revolían las salas de los tribunales, y empeñaban combates sangrientos con los arqueros de la Prestoia. Por entonces mi esposo ausente de París, ocupaba con su regimiento á Turenne, y operaba contra las tropas españolas capitaneadas por Condé. Tú, hermana mía, te hallabas en Italia, y yo habitaba en la casita de campo de Picpus. Cierta tarde, cabalmente la del 16 de julio, salía yo de la de Penautier, tesorero general del clero, que vivía bastante próximo á la torre de Nesle, y volvía con dirección á Picpus. Pasando sobre el puente nuevo construido frente á la puerta Dauphine, mi cochero se halló acometido á un tiempo, por lacayos que le arrojaban enormes piedras y por cinco ladrones, empeñados en invadir mi carretela. Una hora antes, el carruaje de M. de Tillandet había tenido un encuentro con el del duque de Epernon y fué saqueado por los criados de este último; mi carretela hubiera sufrido igual suerte, á no presentarse allí como por encanto un jóven oficial que dejamos atrás en el camino, acompañado de quince soldados, y que haciendo uso de sus espadas y avanzando hasta el carruaje los atacó, hiriendo y matando á cuantos no emprendieran la fuga. Yo bajé luego del coche para tributar mil gracias por aquella acción honorífica, y cual no hubo sido mi sorpresa al convencerme de que el oficial había desaparecido!

—¿Y no lo volviste á encontrar?

Pero Margarita sin fijar su atención en la pregunta de su hermana, continuó:

—Yo acababa de encontrar en el camino un librito de memorias, en cuya primer pagina se veía ¡casi inesperado! mi retrato con una preciosa orla de oro. Gozosa por tamaño recuerdo, me disponía á buscar con mis lacayos su dueño, cuando aquel mismo jóven, vendado su brazo, con semblante pálido, y la cabeza ensangrentada, se presentó de nuevo á mi vista despues de haber estermiado á los rebeldes. Quiso dedicarme algunas palabras... pero sus párpados desmayaron repentinamente, y cayó sobre el estribo derecho de mi carretela.

Dos horas despues recuperaba su razón en mi bonita casa de campo de Picpus.

La admiración de Maria era natural. Bien hubiese querido dirigir algunas otras preguntas á la marquesa, pero su turbacion no le permitía articular una sola palabra. Madama de Brinvilliers embriagada con su relato é interpretando aquel deseo, prosiguió en esta forma:

—Ocho dias despues de esta aventura novelesca, acompañando á sus palabras un profundo suspiro, un pensamiento extraño preocupaba mi espíritu; amaba como esposa criminal al caballero de Sainte-Croix, al mismo oficial del regimiento de Tracy que me había salvado la vida tan generosamente...

—¿Tú Margarita...?

—Oh! no me lo repitas mas. ¡Tú no sabes lo que es enlazarse con un hombre sin pasiones, sin amor á la infelice muger que le consagra su vida! ¡Y pasar los dias en la indiferencia, y las largas noches en desprecio, y encontrar despues en una tarde recuerdo de tantos peligros, al objeto de sus ensueños, al que con una sola mirada, una palabra suya se liga á nuestra existencia como está ligada nuestra alma al Ser supremo que nos la concedió! Si, tú le habrías amado, hermana mía, si hubieras escuchado la historia de su vida, tan agitada, tan triste, y exclamar con lágrimas de desconsuelo: «Margarita, no tengo patria, no tengo familia, no conozco desgraciadamente á mi madre, ni al pueblo que me haya visto nacer. ¡Dícenme que soy noble! sí, noble pero sin nombre; noble por el adulterio ó la seducción. ¡Nobleza envidiable por cierto! ¡Cuántas veces he maldecido mi familia, cuando despues de alguna acción esclarecida se me preguntaba por el nombre de mis padres para concedérseme una cruz, ó algun ascenso en la milicia! Acometido por ultrajes tantos, me he propuesto morir en cien combates; he ofrecido mi desnudo pecho á las balas y á las bayonetas enemigas, pero ¡qué! hasta la muerte me ha despreciado en el campo. Créedme, Margarita, soñando con el suicidio por mi cobardia, he dormido muchas horas con una pistola sobre el corazón, creyendo no despertar mas. Pero ¡ay! que me restaba una esperanza tan dulce... y esa esperanza de vitalidad, erais vos, Margarita. Os había encontrado tan jóven, tan hermosa, que vuestros contornos fueron delineados por mi torpe pincel, en un libro de memorias; os adoraba como el único ángel que existía en la tierra, la muger única que me prometía mi felicidad.»

Y la pregunto Maria con cierto interés mezclado de curiosidad ¿Que término tuvo ese nefando crimen?

—Antes de quince dias abandonó su regimiento á París pasando de guarnición á Valenciennes donde mi marido se hallaba, pero me prometió escribir de continuo y....

—¿Le declaraste alguna vez tu nombre?

—No; sus cartas debía dirigirlas á mi casa de

Piepus, con sobre para Margarita: empera las esperé vamente, y las espero todavía... Hace tres meses me notició mi marido que el sifilo de Monsmédy habia sido fatal para el regimiento de Tracy, y que porcion de oficiales habian perdido la vida. ¡Ay! Sainte-Croix se cuenta entre el número de los cadáveres!

— ¡Hay valor, esclamaba la hermana, acercándose á la marquesa cuyas manos tocó para consolarla, olvida esa pasion criminal, ese amor ilegítimo, y piensa solo en la reparacion de tus culpas...

— ¡De mis culpas! tú no lo sabes todo, prosiguió tartamudeando; hay mucho mas que un adulterio, un... pero... no, no me determino á revelar el secreto.

— Me causas miedo, Margarita, separándose la religiosa de su lado.

— Si, soy culpable, repuso la marquesa, te lo he anunciado tambien para que me consolases, por qué es imposible tenga valor para declarar mi crimen á un eclesiástico.

— ¡Otro crimen, desgraciada! ya lo comprando, ese viaje anunciado en el año último...

— Que lo emprendi para evitar un sonrojo ante mi padre y con mi familia, salvando mi honor y el de mi marido. Pero he cometido un crimen...

— Anúncialo, Margarita, no tardes.

— He asesinado mi hijo!!

La hermana Maria lanzó entonces un grito aterrador; levantóse medio convulsiva, é hizo la señal de la cruz. La marquesa bañados sus ojos en lágrimas, dirigió una mirada desconsoladora hácia su hermana, y esclamó con acento entrecortado por su sollozo, — Es afrentosa mi crimen! asesinar á su propio hijo, arrancar de su inocente vida á un pequeño ser cuando estendia sus brazos para recrearse en su despiadada madre!... Es un crimen desconocido entre los pueblos bárbaros y que entre nosotros se perpetra con impunidad para dejar á salvo el honor de una hija y la reputacion preciosa de alguna muger.

— Será preciso olvidar la tuya en adelante, Margarita.

— Y que hubieras hecho en mi afflictivo estado? Confíandole á manos estrañas, me hubiera precisado declarar algun dia el secreto de su nacimiento, ó dejarle vivir como Sainte-Croix para que maldijese á cada instante el mundo y á la que debiera su existencia...

Sonó un estrépito de caballos en el patio, y ambas hermanas daban tregua á su diálogo, cuando anunció un criado la llegada del marqués de Brinvilliers.

El rayo no hubiera causado mas sorpresa. El marqués, después de tres meses de ausencia y sin comunicarles lo mas mínimo, llegaba oportunamente en los momentos de una confesion tan terrible. La marquesa bastante astuta para disimular sus pesares, mudó de semblante, recorrió como por encanto sus adornos, y aparecia muy tran-

quila. Venia su esposo acompañado de M Dreu d'Aubray y de cierto jóven á quien el lugarteniente civil observaba con atencion por algunos minutos.

— Felices dias madama, dijo á la marquesa saludándola con marcial desembarazo; tengo el gusto de presentarte uno de mis nuevos amigos; un jóven prisionero á quien contabamos por muerto, y que me prestó grandes servicios en el ejército. Volviéndose despues hacia el grupo del fondo, hizo señas al desconocido para que se aproximase, y tomándole por la mano le avisó al oído: «No la digas una palabra de mi querida Eulalia la del teatro Petit-Bourbon» y como si no pensase mas que en la marquesa, «mi querida, la repitió: tengo el gusto de presentarte al caballero de Sainte-Croix capitán del regimiento de Tracy.

Un grito espantoso retumbó por el salon inmediatamente, y madama de Brinvilliers cayó desmayada entre los brazos de su hermana, el lugarteniente abrazaba á su hija, le enjugó las lágrimas y dirigiendo hacia Sainte-Croix cierta mirada sospechosa, se contentó con decirle cuando se retiraba. — ¡Ay! el estrangero!

## II.

Al final de la calle de San Antonio, y en el mismo sitio en que hoy se encuentra cierto animal monstruo de color incierto, un magestuoso cañon de estufa honrado con el venerable título de *Columna de Julio*, se elevaba antes de la revolucion francesa, un edificio inmenso construido en 1569 por Hugues Aubriot preboste de Paris. Este edificio dominado por altos y gruesos torreones, como dijo Christina de Pisan, y defendido por buenas murallas y fosos profundos, se denominaba la *Bastilla de San Antonio*. En 1661, es decir, tres años despues de la vuelta del marqués de Brinvilliers á Paris, la Bastilla de San Antonio contenia un sin número de prisioneros. Para ser depositado allí por largos dias de la vida, hasta su muerte regularmente, no era necesario haber cometido algun crimen, hecho traicion á su patria, ó deshonrado alguna familia: bastaba ser de una categoria importante, periodista enemigo de la nobleza, padre de una muger hermosa, amante de alguna señora distinguida, y sin las formalidades de un proceso, un simple sargento de la prebostia ó arrestaba en cualquier punto, ó conducia silenciosamente á la Bastilla, y ó depositaba por doce ó quince dias en un calabozo húmedo á ocho varas debajo de tierra, que abundase en animales inmundos. Hé aquí cuanto ocurrió á Sainte-Croix dos años despues de haber sido presentado á madama de Brinvilliers por su marido.

Sainte-Croix en el entusiasmo de su alegría por haber hallado en la marquesa la muger que tanto amaba bajo el nombre de Margarita pasó mu-

chos días á su lado, y la acompañaba al paseo y á los teatros. Una tarde que volvian á Piepus después de visitar el célebre convento de penitentes reformados de san Francisco, cierto hombre que vestía el uniforme de los de la prebostía, detuvo los caballos y suplicó á Sainte-Croix le siguiese. El joven que nada tenía que temer, abandonando á la marquesa se acompañó de aquel hombre, hasta que conducido por estrechas calles, se halló bien presto en poder de cuatro arqueros que forzosamente le hicieron subir á un coche. Indignado con una acción tan villana trató de hacer uso de la espada, cuando ya había sido desarmado con cautela: en vano preguntaba á aquel jefe la causa de su prision y porque se menospreciaban sus fueros. El jefe nada respondió. En vano, sediento ya de venganza, quiso romper las vidrieras del coche é implorar socorro de los que veía, porque cuatro brazos de mas poder que los suyos, le ataron desde entonces á su propio asiento. Pocos minutos después de haber rodado el carruaje, se detenía en la calle de San Antonio casi frente á la del Gran Señor, ante un enorme porton con pilastras cuadradas y un escudo con las armas reales en su parte superior. Era la horrible entrada de la Bastilla. A una señal convenida, alzóse un puente levadizo, y pasó el coche sobre una bóveda, entrando en cierta especie de patio estenso aunque tortuoso, cuyo costado derecho se hallaba provisto de centinelas y pabellones de armas, y el izquierdo de cantinas de vivanderos: describió luego una curva perfecta atravesando otro puente levadizo y se detuvo al frente de la fortaleza y entre un piquete de soldados. Los arqueros mandaron al prisionero que bajase, y quedó encerrado en una pequeña sala baja. ¡Infames! exclamaba Sainte-Croix echando al suelo con una puñada á dos de los que trataban de registrarle; decidme, decid ahora mismo la causa de mi prision; empero nada contestaban los arqueros. Os han engañado sin duda, porque á un capitán del regimiento de Tracy que ha servido con fidelidad á su monarca y á su patria, no se le priva tan bárbaramente de la libertad.

Cierto personaje grueso y de muy corta estatura que Sainte-Croix suponía fuese el gobernador de aquella fortaleza, se le aproximó entonces, hizo registro de los papeles que le había entregado el jefe que le condujo, y acercándose al capitán le dijo con voz descompuesta.—M. de Sainte-Croix, estáis arrestado en nombre del rey, pero á petición de M. Dreux d' Aubray, ingenteiente de Paris.

—Y de que delito se me acusa? repetía el joven rechinando de coraje los dientes.

—¡Vuestro delito! ¡Oh! Ya se os indicará mas tarde. Y se retiró ocultando sus dedos en una magnífica caja de tabaco.

Entregado Sainte-Croix á los arqueros y carceleros de la Bastilla, fué despojado de sus trages y alhajas de oro, y revestido con uno indecoroso: dos hombres se colocaron á su vista, y cuatro soldados amarrándole de nuevo los

brazos, le obligaron á bajar los ciento veinte escalones que conducen á los calabozos de la Torre del Condado. Un carcelero abrió tres gruesas puertas de hierro, introduciéndole en una habitacion cuadrada, sucia y fangosa: dos cerrajeros le cubrieron de cadenas con peso de cincuenta libras, y después echando las llaves y candados, lo abandonaron á la mas horrorosa soledad. El aire que se respiraba allí era naturalmente impuro; hundia sus plantas en el fodo de aquella sentina, y cuando sus manos trataban de reconocer los objetos que le rodeaban hallaba unicamente trozos de cristallo vidrio, coágulos de sangre, ó cráneos humanos destrozados por la humedad.

A los ocho días le sacaron de aquel calabozo para otra mansion situada en el centro de un nuevo castillo. Las paredes de este cuarto con forma semicircular, se hallaban cubiertas por cadáveres mutilados, trozos de brea, hechas y cuchillos; pintadas tambien de color rojo y negro, por un desventurado artista encerrado durante algunos años por conspirador, y que perdió su razon en la Bastilla. Veíase en la de la izquierda una pequeña ventana enrejada que servia de comunicacion con la pieza inmediata, y hacía la mitad de ella, otra puerta asegurada con barras de hierro. Era en el mes de marzo de 1661, y comenzaba á despuntar la aurora. Sainte-Croix con escualidas megillas, semblante palido, y larga cabellera, hallábase tendido sobre el lecho, y poseta entre sus manos una carta que preocupaba toda su atencion.

—¡Cómo Dijos mio! exclamaba después dando paseos por el calabozo; ¡Seria yo hijo natural del duque de Miremont, muerto en un duelo en Londres hace seis meses!!! ¡Y es la marquesa de Brinvilliers quien me remite los comprobantes! Aproximándose á una linterna leyó: «Roma ha sido vuestra cuna, y en esa ciudad habeis pasado la infancia. Vuestra madre llamada Fornarina, una pobre italiana seducida y abandonada por el duque de Miremont, murió dando la existencia á un segundo hijo llamado Paolo, que la terminó desgraciadamente en los calabozos de la Inquisición.» ¡Y todos han muerto! ¡estoy herefano en el mundo, solo con Margarita á quien no veré ya mas! ¡Y por una pasion que en vano pudiera contener, su padre me ahorró y me separa de su lado; Ah! caballero Dreux d' Aubray! Sino llego á recuperar mi libertad, desdichado de vos! y brillaban sus ojos como dos diamantes, y su gesticulacion era atrevida y terrible.

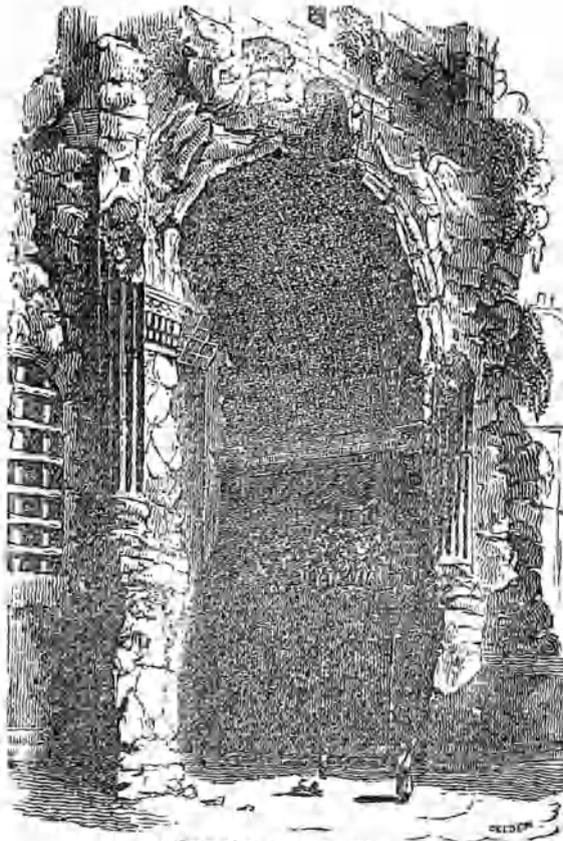
Abriose entonces la puerta de la derecha, y un joven alto, seco, de color moreno, miradas vivas y penetrantes, entraba en la habitacion de Sainte-Croix, avanzó hasta la mesa, colocó en ella una botellita y un pergamino, y tomaba asiento en su tabureto de ébano.

(Se continuará.)

## EL ARCO DE TITO EN ROMA.

Después de la conquista de Judéa por Tito, y de la toma de Jerusalén, decretó el Senado que se construyese un arco de triunfo en honor del vencedor, cuyo arco aun existe. Este monumento uno

de los más notables de la Roma antigua, excita igualmente y á un mismo tiempo el interés del artista, del anticuario y del historiador; el cristiano no puede contemplarle sin emoción mientras que á los judíos les es tan sensible y doloroso el recuerdo que en sus pechos despierta, que se afirma confundamente que hombre ninguno de esta nación, pasó voluntariamente jamás por debajo del arco. El



Vista del arco de Tito.

interés que inspira no es de seguro solo por el hecho histórico á que hace alusión; sino que al considerar las esculturas que reproducen los objetos sagrados que guardaba el templo, se remonta la imaginación á los tiempos del primer legislador.

Está situado el arco de Tito en el extremo de la pendiente oriental del Monte Palatino; es de mármol blanco y su forma primitiva debió ser la de un cuadrado perfecto; pero la mano del tiempo le ha deteriorado notablemente; el centro, una columna de cada lado, el friso y el ático es lo que se conserva en mejor estado. Aun se vé sobre la curvatura del arco figuras aladas que representan la fama, y en el friso el acto de un sacrificio, cuya pro-

cesión cierra otra figura alegórica conducida en una silla de manos.

Sobre el ático, se lee la siguiente inscripción:

*Senatus  
Populusque romanus,  
Divo Tito, divi Vespasiani. F.  
Vespasiano Augusto. (1)*

(1) El padre de Tito, Vespasiano, ocupaba aun el trono cuando se edificó este arco de triunfo para celebrar y legar á la posteridad la victoria que consiguió su hijo sobre los judíos.

Que puede traducirse así:

*El senado y pueblo  
romano.*

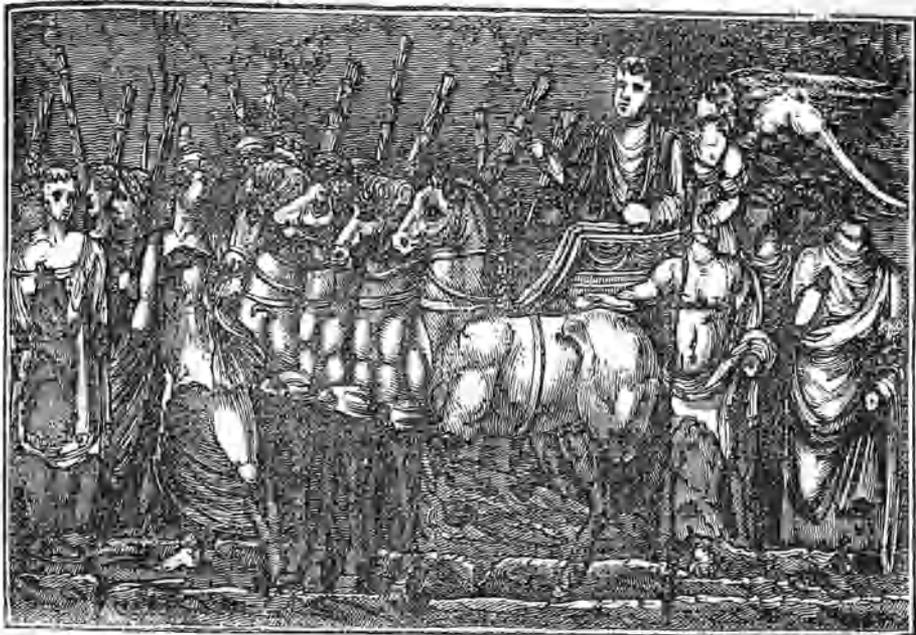
*Al diótno Tito, hijo de Vespasiano diótno.  
Vespasiano Augusto.*

Dos lajas relieves representan el triunfo de Tito. En el uno está el emperador sobre un carro ya triunfal, tirado por cuatro caballos, conducidos por Roma misma. El genio de la Victoria ciñe a

su cabeza una corona de laureles; un gran número de ciudadanos y soldados le rodean.

En el otro se ven representados los despojos arrebatados del templo de Jerusalem; el candelabro de siete brazos; la mesa de oro y las trompetas de plata, todo conducido por hombres coronados de laureles.

Un historiador hace particular mención de las riquezas de estos objetos y añade al hablar del triunfo de Vespasiano y sus hijos; que contribió este emperador el pensamiento de construir un templo dedicado a la Paz, donde depositarla estos preciosos



Primer bajo relieve del Arco de Tito.

trofeos como símbolos de gloria. Quiso además que las tablas de la ley y el velo de púrpura del santuario se conservasen en el palacio imperial, donde en efecto se conservaron mas de 500 años; pero al cabo de este tiempo, se apoderó Genserico de ellos en 453 y se los llevó a Cartago; después los arrebató de su poder Belisario y los llevó a Constantinopla, de donde por efecto de una estraba vicisitud los recibió Jerusalem. Nada mas se sabe acerca del destino de estos preciosos objetos; algunos escritores afirman que su total desaparicion se verificó en el séptimo siglo, sin duda en alguno de los saqueos que sufrió la ciudad. Sin embargo apesar de las injurias del tiempo y de los esfuerzos

del orgullo irritado, aun puede envanecerse Roma y se envanece, de ser la depositaria de una imágen fiel, de símbolos misteriosos cuyo origen remonta hasta el del mismo Dios. Al cabo de 18 siglos de persecucion, aun se alza un monumento que explica algunos de los pasages mas importantes de la Escritura. Vaticina Moisés el castigo de la incredulidad de los juédos; y el edificio que confirma y atestigüa su ruina total, se alza menos de medio siglo después del instante en que el Salvador les anunció su venida. Estas profecias las conocemos muy bien; y la nacion cautiva, dispersa por todos los lugares de la tierra, sin poder reunirse, es buena prueba de que se ha cumplido la



Segundo bajo relieve del Arco de Tito.

palabra de Dios. Y si la posición actual de los judíos, es un hecho que no puede ponerse en duda, tampoco cabe en los acontecimientos que la han producido, porque están demostrados con toda la autenticidad de que es susceptible la historia. Me-

dallas fundidas para este objeto representan la una una mujer sentada bajo de una palmera; al alrededor se lee una inscripción que dice *Judea capta*. La otra representa el busto de Vespasiano o de Tito.

### REVISTA DE LA SEMANA.

—Ayer partió para Londres el señor Moriani, después de haber recogido en la noche de su benéfica los mas entusiastas aplausos, flores y coronas que le fueron arrojadas por la inmensa y brillante concurrencia que asistió al jueves al teatro de la Cruz. Parece hay esperanzas de que vuelva pronto a Madrid, y á la verdad sería una grande adquisición para cualquier empresa. Veinte y una noches ha cantado en la Cruz, y ni una sola ha dejado de estar lleno el teatro. Gaudio que le acompaña como primer tenor debe llegar dentro de breves dias.

—En los primeros dias de la semana próxima tendremos el gusto de oír en la Cruz, y en la bella ópera la *Soubabuli* á nuestro compatriota el Sr. don Lázaro Puig (Plavo); cantará solo ocho noches, pues la contrata que tiene con los teatros de Lisboa y Oporto, no le han permitido aceptar las ventajosas proposiciones que le han sido hechas por la empresa de la Cruz. Desearnos á nuestro apreciable compatriota el triunfo mas completo.

—El *Diablo enamorado* continúa causando furor en el Circo, y cuantas noches se ejecuta, aquel espacioso teatro se ve lleno de una inmensa concurrencia. Se espera con vivo daseo la ópera los *Martires*, de Donizetti.



ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

DE D. F. DE P. MELLADO.—EDITOR.

Calle del Sordo, núm. 41.